



DOCUMENTOS DE TRABAJO

El populismo 773

Juan Pablo Saavedra Olea

Mayo 2019

El populismo

Juan Pablo Saavedra Olea*

Fundación Rafael Preciado Hernández A.C.

Documento de Trabajo No. 773

Mayo 2019

Clasificación temática: Política

Resumen

El populismo es una de las formas de ejercer la política más antigua dentro de las sociedades humanas. Los anhelos de los pueblos, y de sus habitantes menos favorecidos en torno a la igualdad y bien común en sus sociedades, a lo largo de distintas épocas y coyunturas, ha propiciado el surgimiento de personajes que enarbolan tales causas como justificación para llegar al poder, y para ejercerlo. Sin embargo, esta forma de acceder al poder político, en nombre del pueblo, a pesar de ser tan antigua como vigente, encierra en sí otra perversión más grave que la historia nos ha demostrado reiteradamente. Detrás de cada populista existe un dictador totalitario en potencia, y un pueblo sumergido en una realidad peor a aquella de la que buscaba escapar. En el presente trabajo se analiza, por lo tanto, el precedente histórico del populismo, su uso, sus características distintivas y su vigencia dentro de los Estados modernos, particularmente dentro del continente americano. Con ello se pretende hacer consciencia del estrecho paso que existe entre el populista y el dictador totalitario, con especial énfasis en la realidad política mexicana contemporánea.

* El autor es Licenciado en Derecho por la Universidad Pontificia de México, así como candidato a Maestro en Periodismo Político por la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Correo electrónico: jean.paaul@hotmail.com. Las opiniones contenidas en este documento corresponden exclusivamente al autor y no representan necesariamente el punto de vista de la Fundación Rafael Preciado Hernández A.C.

ÍNDICE

I.	Introducción	1
II.	Justificación de la relevancia de la investigación	2
III.	Objetivos de la investigación	3
IV.	Planteamiento y delimitación del problema	4
V.	Marco teórico y conceptual de referencia	4
VI.	Formulación de hipótesis	8
VII.	Pruebas empíricas o cualitativas de la hipótesis	8
VIII.	Conclusiones y nueva agenda de investigación	30
IX.	Bibliografía	32

I. Introducción

Los modelos políticos a partir del populismo a los que normalmente solemos referirnos como hechos que se analizan lejana y fríamente, en la práctica no son tan ajenos de nuestra vida diaria, especialmente en América como continente. Este modelo político tampoco es ajeno en Europa, Asia Central y África.

El populismo no es un modelo previo a las guerras mundiales que asolaron al mundo durante la primera mitad del siglo veinte y cuyas consecuencias resultaron las más graves conflagraciones armadas de la época contemporánea.

El fantasma de este modelo como forma de ser de un actor relevante o como un modelo de gobierno completo, es hoy tan vivo como en aquellas épocas de Benito Mussolini, Adolfo Hitler, Lenin y otros desafortunados y famosos personajes.

Los vientos de esta forma de gobierno se sienten hoy especialmente fuertes en América del Norte, tanto en los Estados Unidos de América, como en los Estados Unidos Mexicanos. Basta con contemplar las campañas electorales y las promesas realizadas en las mismas por Donald Trump y por Andrés Manuel López Obrador.

Sin embargo, esta realidad está presente en otros países del continente, como en Bolivia, con Evo Morales y en Venezuela con Nicolás Maduro. En el caso de este último, el gobierno que representa está basado en el de un presidente previo, de características similares.

El de Nicolás Maduro, que supuestamente es un gobierno del pueblo y para el pueblo, se ha tornado en una dictadura, en la que se han generado una serie de distorsiones graves no solo para los habitantes de aquella nación hermana, sino que ahora ha tenido consecuencias en el tema de la seguridad regional y de equilibrios geoestratégicos y políticos entre los Estados Unidos, opositor abierto del régimen y por otro la Federación Rusa, que apoya al gobierno de facto en Venezuela.

Es en este último comentario dónde podemos hilvanar el inicio de la madeja en torno a este fenómeno. Pues tanto en la República Bolivariana de Venezuela, como en los Estados Unidos y en México, el acceso al poder de los gobernantes de este corte político, se ha dado por la vía de las urnas. Llegaron electos democráticamente por sus pueblos bajo la bandera del poder para el pueblo y desde el pueblo. Pero fueron avanzando poco a poco, como en los modelos de la preguerra, hacia la aniquilación de los principios y las virtudes, por las que los pueblos otorgaron el mandato a estos gobernantes, en la convicción de que con ellos, estarían construyendo un mejor futuro para sus naciones.

II. Justificación de la relevancia de la investigación

La importancia en el análisis de este fenómeno es de suma importancia para México actualmente, pues el actual gobierno federal, encabezado por Andrés Manuel López Obrador y su partido político, el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA), quiénes han ocupado las posiciones de decisión más importantes del País, como las cámaras, las Secretarías de Estado, los organismos y dependencias, así como un número importante de municipios y algunos gobiernos estatales.

Y sin embargo, en poco más de cien días, el nuevo gobierno ha dejado clara su orientación y la cimentación que están buscando generar para un nuevo modelo de gobierno y este es sin duda claramente de características populistas.

De ahí que resulte clave cobrar conciencia de los riesgos que este modelo de gobierno implica para la democracia mexicana, dada su ausencia de madurez política. No es un tema menor considerar los riesgos que el país está asumiendo para el mediano y el largo plazo, ante lo que que hasta hoy está sucediendo.

A lo largo de estos primeros meses de gobierno, se ha socavado la capacidad de operación de los contrapesos políticos del Estado y se ha vulnerado el estado de derecho vigente. Estos

dos puntos por si solos constituyen ya una alerta importante para los poco más de cinco años que aún tiene por delante este gobierno.

III. Objetivos de la investigación

El objeto de este estudio es señalar las características de los modelos populistas de gobierno, su forma de llegar al poder y la evolución que estos tienen una vez que se han hecho del poder de un Estado.

Por otra parte, se muestra la viva idea que supone este modelo político en la mentalidad de los actuales gobernantes, particularmente en Norteamérica, donde nos encontramos ubicados geográficamente como Nación.

En esta zona, Estados Unidos y México representan en este momento dos modelos aparentemente diferentes. El norteamericano, lo es a partir de un partido asumido como la derecha, mientras que en México, se ha instrumentado con un modelo creado a partir de los postulados del socialismo de corte más bien comunista, representado en un partido de izquierda.

Se debe resaltar en ambos casos, que los populistas no tienen una preferencia particular de “derecha” o de “izquierda” pues el modelo y sus riesgos para los países que los padecen, no están vinculados a doctrinas filosóficas de política, sino más bien a la conveniencia de aquellos o de aquel que ostenta el poder y a su particular manera de ver el mundo. Que, dicho sea de paso, normalmente y salvo poquísimas ocasiones, son personajes que por su misma formación personal bien poco conocen desde lo académico de la historia, de la filosofía del derecho y de los modelos políticos. Su dominio en realidad es a partir de la demagogia oral y de una visión de la historia personalísima, más a modo de sus intereses personales y de las conveniencias de sus más próximos, que de los intereses que pregonan representar en beneficio de su nación.

IV. Planteamiento y delimitación del problema

Existen riesgos en las democracias del continente americano, ante el hecho de que sus gobiernos, mayoritariamente democráticos en su origen, sufren la tentación seductora de transformarse en tiranías populistas, como ya se sufre en algunos de los países de nuestro continente.

Las graves consecuencias que derivan de estos modelos de gobierno son siempre y sin excepción, en detrimento de la población que los ha elegido en la mayoría de las veces, en una jornada democrática, popular y participativa, con consecuencias mayores que aquellas que se esperaban superar con esa decisión social, normalmente tomada desde las carencias humanas más elementales y la búsqueda de la dignificación de sus realidades.

La delimitación de esta investigación es el escenario del continente americano, especialmente en el hemisferio norte del mismo y con un especial acento en el proyecto mexicano, encabezado por el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA).

V. Marco teórico y conceptual de referencia

Definición de populismo. -¹

Tendencia política que pretende atraerse a las clases populares.

Definición de democracia. -

Del latín tardío: *democratia*, y éste del griego: *δημοκρατία* *dēmokratía*.

1. f. Forma de gobierno en la que el poder político es ejercido por los ciudadanos.
2. f. País cuya forma de gobierno es una democracia.

¹ Todas las definiciones, han sido consultadas en el *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española, en su versión en línea. (Cfr: <https://dle.rae.es>)

3. f. Doctrina política según la cual la soberanía reside en el pueblo, que ejerce el poder directamente o por medio de representantes.
4. f. Forma de sociedad que practica la igualdad de derechos individuales, con independencia de etnias, sexos, credos religiosos, etc. Vivir en democracia.
5. f. Participación de todos los miembros de un grupo o de una asociación en la toma de decisiones. En esta comunidad de vecinos hay democracia.

Democracia burguesa. -

En la terminología marxista, democracia liberal

Democracia censitaria. -

Democracia que restringe el derecho de voto al censo de contribuyentes de un cierto nivel patrimonial.

Democracia cristiana. -

Movimiento político que aúna los principios democráticos con algunos postulados de la doctrina y el pensamiento social cristianos.

Democracia directa. -

Democracia que se ejerce por el pueblo sin la mediación de representantes, a través de asambleas vecinales, referéndum o iniciativas ciudadanas.

Democracia liberal. -

Democracia que, basada en el reconocimiento de los derechos individuales se ejerce a través de los representantes políticos de los ciudadanos.

Democracia orgánica. -

Denominación que se atribuía a sí mismo el régimen franquista, el cual suprimió las libertades políticas.

Democracia popular. -

Sistema de gobierno de los regímenes políticos de inspiración marxista.

Democracia representativa. -

Democracia que se ejerce a través de representantes surgidos de elecciones libres y periódicas.

Definición de solidaridad y subsidiariedad. -

Solidaridad: Adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros.

Subsidiariedad: Cualidad de subsidiario.

Sentido Sociológico. -

Tendencia favorable a la participación subsidiaria del Estado en apoyo de las actividades privadas o comunitarias.

Principio de subsidiariedad. -

Criterio que pretende reducir la acción del Estado a lo que la sociedad civil no puede alcanzar por sí misma. Principio que se aplica al proceso de integración europea para limitar la intervención de las autoridades comunitarias a los supuestos en que los Estados por sí solos no puedan ser eficaces.

Definiciones del Estado

Estado de derecho. -

Régimen propio de las sociedades democráticas en el que la Constitución garantiza la libertad, los derechos fundamentales, la separación de poderes, el principio de legalidad y la protección judicial frente al uso arbitrario del poder.

Estado compuesto. –

Estado integrado por unidades políticas no soberanas dotadas de poder legislativo y de otras competencias; como, por ejemplo, el Estado federal, el Estado regional o el Estado autonómico.

Estado de bienestar. -

Organización del Estado en la que este tiende a procurar una mejor redistribución de la renta y mayores prestaciones sociales para los más desfavorecidos.

Estado de excepción. -

Estado que declara el Gobierno en el supuesto de perturbación grave del orden y que implica la suspensión de ciertas garantías constitucionales.

Estado federal. -

Estado en el que las distintas competencias constitucionales son distribuidas entre un Gobierno central y los estados particulares que lo conforman.

Presidencialismo. -

Sistema de organización política en que el presidente de la república es también jefe del Gobierno, sin depender de la confianza de las cámaras.

Reivindicar. -

Derecho de reivindicación.

1. tr. Reclamar algo a lo que se cree tener derecho.
2. tr. Argumentar en favor de algo o de alguien. Reivindicó la sencillez en el arte.
3. tr. Reclamar para sí la autoría de una acción.
4. tr. Der. Reclamar o recuperar alguien lo que por razón de dominio, cuasi dominio u otro motivo le pertenece.

Pueblo. -

Del latín: popŭlus.

1. m. Ciudad o villa.
2. m. Población de menor categoría.
3. m. Conjunto de personas de un lugar, región o país.
4. m. Gente común y humilde de una población.
5. m. País con gobierno independiente.

Poliarquía. -

Del griego: πολυαρχία polyarchía.

Gobierno de varias personas de idéntico rango.

Hipótesis de trabajo. -

Hipótesis que se establece provisionalmente como base de una investigación que puede confirmar o negar la validez de aquella.

VI. Formulación de hipótesis

Los países de América, que buscan llevar a sus gobiernos modelos de organización política que reivindiquen los derechos sociales, la justicia y disminuyan las desigualdades, están corriendo el riesgo de virar, por la vía electoral, hacia el populismo megalómano y demagógico dentro de sus democracias.

América Latina y México demuestran que entre la democracia y el populismo existe un frágil puente, y entre el populismo y la dictadura, un corto paso, muy fácil de dar.

VII. Pruebas empíricas o cualitativas de la hipótesis

El antecedente.

La imagen de un populista es en la historia, casi tan arcaica como la de la misma humanidad y la de las formas de gobierno que han evolucionado a lo largo del tiempo.

Si observamos hacia el pasado a aquellos emperadores romanos que dieron origen a la forma de gobierno y organización del Estado en Occidente, y por tanto a nuestra cultura política, podremos reparar en cómo en realidad estos fueron unos ejemplos excelsos de la demagogia, de la búsqueda de la simpatía popular, de la dadiva al necesitado a cambio de nada y de la

distracción del pueblo para poder hacerse de las riquezas del mismo, sin una mayor dificultad. Es ahí donde se ha acuñado la famosa expresión popular que dice: “*al pueblo pan y circo*”.

Es verdad que esta máxima del populista puede funcionar durante algún tiempo, incluso durante algunos años. Sin embargo, al final de este camino, se encuentran dos escenarios que también podemos observar durante la historia de nuestra civilización.

El primero de ellos es el empeoramiento de la circunstancia del pueblo sometido a un populista, y toda la simpatía que éste alcanzo para hacerse del poder, normalmente se vuelve en perjuicio de éste, por el agravamiento de las condiciones de vida, las carencias y los desórdenes sociales generados por esta insatisfacción.

En la Roma antigua, en el Imperio, este reclamo social veía normalmente del hambre del *populus*, del cobro excesivo de los impuestos y del servicio que debían prestar al servicio de las legiones en el mantenimiento del Imperio y en la conquista y defensa del mismo.

Un imperio del tamaño que tenía al romano, requería de una enorme cantidad de riqueza para su manutención, como el salario de los legionarios, su alimentación y la administración política de los gobiernos locales conquistados. En este último caso, es verdad que en muchas de las ocasiones los romanos mantenían a cierto número de los propios habitantes del lugar a su servicio administrativo, pero se requería de funcionarios romanos para el cobro de los impuestos, la presencia del ejército para el mantenimiento de la unidad del Imperio y un sinnúmero de servicios y requerimientos del mismo estado para su vitalidad.

¿Cuál fue la forma más conveniente para lograr el sometimiento de sus ciudadanos, además del uso de la fuerza? Mediante el otorgamiento de beneficios políticos, económicos y culturales que le generasen la percepción de bienestar. Sin embargo, a la larga la situación se continuaba deteriorando, con lo que surgieron nuevos líderes políticos, que por sus hazañas normalmente de características militares y una buena demagogia en sus discursos, convencían al pueblo y al Senado, representante de ese, para destronar al emperador vigente. Poquísimos fueron los casos en que esta transición se dio de una forma pacífica o que, por

los auténticos beneficios sociales, los ciudadanos del Imperio se negaron a aceptar un nuevo tirano.

La mayoría de las ocasiones según nos narra la historia, las desigualdades sociales eran más profundas y mayores en la época romana. Pero los populistas de la época se especializaron en la construcción de un discurso social benévolo y a favor de la población, construyeron enormes circos para la distracción del pueblo, coliseos para gladiadores, y regalaban pan para los ciudadanos, al menos de Roma, dieron una dimensión de divinidad a los emperadores y gobernantes.

Este modelo de gobierno muy lejano en el transcurso de los años, bien poco se ha modificado desde la época pre cristiana hasta hoy. La cultura del Imperio permeó a lo largo de lo que después fue Europa, lo que incluyó a Hispania. Y de ahí conservó con algunos elementos de tipicidad regional, sus elementos. Posteriormente llegaron a nuestro continente durante la Conquista.

Por supuesto que Roma legó también un bagaje cultural enorme, sobre el que a la larga se cimentó la creación de los Estados nacionales en el continente, basados en el imperio de la ley y de la organización política de simiente Romana, que subsistió en los reinos medievales.

Sin embargo, estos modelos de gobierno se transmitieron limpiamente a las nuevas naciones y con ellas las formas en el ejercicio político, en lo bueno y en lo negativo. Así, la civilización occidental transformó profundamente las estructuras de gobiernos neolíticas de los pueblos mesoamericanos y dio paso a las formas de gobiernos como hoy los conocemos básicamente, guardadas evidentemente todas las proporciones del caso.

En la obra de Fustel de Coulanges llamada “*La ciudad Antigua*”², se realiza un magnifico estudio sobre las instituciones, el derecho y el culto de la antigua Roma. Se trata de uno de los mejores historiadores sobre el tema de todas las épocas.

Este personaje que fue un historiador de los inicios y mediados del siglo diecinueve, nos dice en cuando habla de la segunda etapa romana y una vez superada la parte más remota de la construcción de Roma, soportada en torno al culto y a la familia, Roma se encontraba ya en otro momento de su desarrollo político e institucional. Se trata del Imperio que hoy más conocemos, por la literatura e incluso del cine.

De Coulanges narra casi a la calca la descripción de cualquiera de nuestros Estados modernos sometidos a personajes megalómanos y de características redentoras, descritos con una claridad meridiana en el capítulo XII de su obra, referente a los ricos y pobres y sobre como la democracia sucumbió ante los tiranos. Nos dice:

“RICOS Y POBRES; LA DEMOCRACIA SUCUMBE; LOS TIRANOS POPULARES.”³

Cuando la serie de revoluciones hubo aportado la igualdad entre los hombres, y ya no hubo ocasión de combatir en nombre de los principios y de los derechos, los hombres se hicieron la guerra estimulados por los intereses. Este nuevo periodo de la historia de las ciudades no comenzó al mismo tiempo para todas. En unas siguió muy de cerca a la instauración de la democracia; en otras sólo se manifestó cuando hubieron pasado varias generaciones que habían sabido gobernarse con calma. Pero, pronto o tarde, todas las ciudades cayeron en deplorables luchas.

A medida que las ciudades se alejaban del antiguo régimen, formábase una clase pobre. Antes, cuando cada hombre formaba parte de una gens y tenía su señor, casi se desconocía la miseria. El hombre era sustentado por su jefe, y éste, a quien debía obediencia, debíale, a su vez, el subvenir a todas sus necesidades. Pero las revoluciones, que habían disuelto el γένος, también habían cambiado las condiciones de la vida humana. El día en que el hombre se libertó de los lazos de la clientela, vio levantarse ante sí las necesidades y las dificultades de la existencia. La vida se hizo más independiente, pero también más laboriosa y sujeta a más accidentes. Cada cual

² DE COULANGES, Fustel. “*La Ciudad Antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*”. Ed. Porrúa. Colección: “Sepan Cuantos...” No. 181. Trad. por: Daniel Moreno, México, 1971. D.F., México. 18ª edición. 1ª reimpresión. 2017. 382 p.

³ Ibid. P.p. 325-332.

tuvo en adelante el cuidado de su bienestar, cada cual su goce y su trabajo. El uno se enriqueció por su actividad o su buena fortuna; el otro quedó pobre. La desigualdad de riqueza es inevitable en toda sociedad que no quiera persistir en el estado patriarcal o en el estado de tribu. La democracia no suprimió la miseria; al contrario, la hizo más sensible. La igualdad de derechos políticos puso más de manifiesto aun la desigualdad de las condiciones.

Como no existía ninguna autoridad que se elevase a la vez sobre ricos y pobres, y que pudiera obligarlos a permanecer en paz, hubiese sido de desear que los principios económicos y las condiciones del trabajo fueran tales, que ambas clases se vieses forzadas a vivir en buena inteligencia. Hubiera sido preciso, por ejemplo, que mutuamente se necesitasen, que el rico sólo pudiera enriquecerse solicitando del pobre su trabajo, y que el pobre encontrase los medios de vivir dando su trabajo al rico. La desigualdad de las fortunas hubiese estimulado entonces la actividad e inteligencia del hombre y no hubiese engendrado la corrupción y la guerra civil. Pero muchas ciudades carecían absolutamente de industria y de comercio: no tenían, pues, el recurso de aumentar la suma de la riqueza pública para dar alguna parte de ella al pobre sin despojar a nadie.

Donde existía el comercio, casi todos los beneficios eran para el rico, a consecuencia del valor exagerado del dinero. Donde había industria, casi todos los trabajadores eran esclavos. Sábese que el rico de Atenas o de Roma tenía en su casa talleres para tejedores, cinceladores, armeros, todos ellos esclavos. Hasta las profesiones liberales estaban poco menos que cerradas al ciudadano. El médico solía ser un esclavo, que curaba a los enfermos en provecho de su amo. El empleado de la banca, muchos arquitectos, los constructores de barcos, los bajos funcionarios del Estado, eran esclavos. La esclavitud era un azote para la misma sociedad libre. El ciudadano encontraba pocos empleos, poco trabajo. La falta de ocupación le hacía pronto perezoso. Como sólo veía trabajar a los esclavos, despreciaba el trabajo. Así, los hábitos económicos, las disposiciones morales, los prejuicios, todo se confabulaba para impedir que el pobre saliese de su miseria y que viviese honestamente. La riqueza y la pobreza estaban organizadas de suerte que pudieran convivir en paz.

El pobre poseía la igualdad de derechos. Pero seguramente que sus sufrimientos diarios le hacían pensar que hubiese sido preferible la igualdad de fortunas. Y no pasó mucho tiempo sin advertir que la equidad que poseía podría servirle para conquistar la que le faltaba, y que, dueño del sufragio, podría ser dueño de la riqueza. Comenzó queriendo vivir de su derecho de sufragio. Exigió un pago por asistir a la asamblea o por juzgar en los tribunales. Si la ciudad no era bastante rica para subvenir a tales gastos, al pobre le quedaban otros recursos. Vendía su voto, y como las ocasiones de votar eran frecuentes, podía vivir. En Roma se ejercía este tráfico regularmente y a plena luz; en Atenas era más discreto. En Roma, donde el pobre no entraba en los tribunales, se vendía como testigo; en Atenas, como juez. Todo esto no sacaba al pobre de su miseria y le sumía en la degradación.

Como estos expedientes no bastaban, el pobre empleó medios más enérgicos. Organizó una guerra en regla contra la riqueza. Esta guerra se disfrazó al principio con formas legales: se cargó a los ricos con todos los gastos públicos, se les colmó de impuestos, se les hizo construir trirremes, se pidió que diesen fiestas al pueblo.¹¹⁷ Luego se multiplicaron las multas en los juicios; se decretó la confiscación de bienes por las más ligeras faltas. ¿Quién puede decir cuántos hombres fueron desterrados por la única razón de ser ricos? La fortuna del desterrado ingresaba en el tesoro público, de donde luego se filtraba en forma derribo para repartirse entre los pobres. Pero ni eso bastaba, pues el número de pobres aumentaba sin cesar. En muchas ciudades llegaron los pobres a ejercer entonces su derecho de sufragio para decretar una abolición de deudas, o una confiscación en masa y una subversión general.

Durante las épocas anteriores se había respetado el derecho de propiedad, porque tenía por fundamento una creencia religiosa. Mientras cada patrimonio estuvo afecto a un culto y se le reputó inseparable de los dioses domésticos de una familia, nadie hubiera pensado que existiese el derecho de despojar a un hombre de su campo. Pero en la época a que nos han conducido las revoluciones, las viejas creencias habían sido abandonadas y la religión de la propiedad había desaparecido. La riqueza ya no es un terreno sagrado e inviolable. Tampoco un don de los dioses, sino del azar. Alienta el deseo de apoderarse de ella despojando al que la posee, y este deseo, que antaño hubiese parecido una impiedad, comienza a parecer legítimo. Ya no se reconoce el principio superior que consagra el derecho de propiedad: cada cual sólo siente su propia necesidad y por ella mide su derecho. Ya hemos dicho que la ciudad, sobre todo entre los griegos, tenía un poder ilimitado; que se desconocía la libertad y que el derecho individual no era nada frente a la voluntad del Estado. De allí resultó que la mayoría de los sufragios podía decretar la confiscación de los bienes de los ricos, y que los griegos no veían en eso ilegalidad ni injusticia.

Lo que el Estado acordaba, eso era el derecho. Esta ausencia de libertad individual ha sido una causa de grandes desgracias y desórdenes para Grecia. Roma, que respetaba un poco más el derecho del hombre, sufrió menos. Plutarco refiere que en Megara, después de una insurrección, se decretó que las deudas quedarían abolidas, y que los acreedores, amén de perder su capital, tendrían que reembolsar los intereses ya pagados. “En Megara, como en otras ciudades —dice Aristóteles—, el partido popular se apoderó del poder y comenzó decretando la confiscación de los bienes contra algunas familias ricas. Pero puesto en este camino, ya no le fue posible detenerse. Cada día se necesitaron nuevas víctimas, y al fin el número de ricos despojados y desterrados fue tan grande, que formaron un ejército.” En 412, “el pueblo de Samos hizo perecer a doscientos de sus adversarios, desterró a otros cuatrocientos y se repartió sus tierras y casas”

En Siracusa, apenas el pueblo se libertó del tirano Dionisio, cuando en la primera asamblea decretó el reparto de las tierras. En este período de la historia griega, siempre que vemos una guerra civil, los ricos están en un partido y los pobres en el otro. Los pobres quieren apoderarse de la riqueza, y los ricos quieren conservarla o recuperarla. “En cada guerra civil —dice un historiador griego— se trata de cambiar

las fortunas.” pógaras de Cios, que entregaba a la muchedumbre a los que poseían dinero, mataba a unos, desterraba a otros y distribuía sus bienes entre los pobres. Apenas el partido popular adquirió preponderancia en Reseña, desterró a los ricos y distribuyó sus tierras.

Entre los antiguos, las clases superiores jamás tuvieron la necesaria inteligencia y habilidad para encauzar a los pobres hacia el trabajo y ayudarlos a salir honrosamente de la miseria y de la corrupción. Algunos hombres de corazón lo intentaron, pero ineficaz ente.

De donde resultó que las ciudades fluctuaban siempre entre dos revoluciones: una que despojaba a los ricos, otra que les devolvía sus riquezas. Esta situación duró desde la guerra del Peloponeso hasta la conquista de Grecia por los romanos. En cada ciudad, el rico y el pobre eran dos enemigos que vivían uno al lado del otro; el uno, envidiando la riqueza; el otro, viendo su riqueza envidiada. Ninguna relación entre ambos, ningún servicio, ningún trabajo que los uniese. El pobre sólo podía adquirir la riqueza despojando al rico. El rico sólo podía defenderla con extremada habilidad o con la fuerza. Se veían con miradas llenas de odio. En cada ciudad había una doble conspiración: los pobres conspiraban por codicia; los ricos, por miedo. Aristóteles dice que los ricos pronunciaban este juramento: “Juro ser siempre enemigo del pueblo y hacerle todo el mal que pueda.”

No es posible decir cuál de ambos partidos cometió más crueldades y crímenes. Los odios extinguían en el corazón todo sentimiento de humanidad. “En Mileto hubo una guerra entre ricos y pobres. Al principio vencieron éstos, y obligaron a los ricos a huir de la ciudad. Pero en seguida, la mentándose de no haber podido degollarlos, cogieron a sus hijos, los reunieron en unas granjas e hicieron que los bueyes los aplastasen bajo sus patas. Los ricos penetraron después en la ciudad y, dueños ya de ella, cogieron, a su vez, a los hijos de los pobres, los untaron de pez y los quemaron vivos.”

Es muy frecuente acusar a la democracia ateniense de haber dado a Grecia el ejemplo de esos excesos y trastornos. Al contrario. Atenas es casi la única ciudad griega conocida que no haya visto dentro de sus muros esa guerra atroz entre ricos y pobres. Es pueblo, inteligente y cuerdo, comprendió, desde el día en que comenzaron las revoluciones, que se caminaba hacia un término en que sólo el trabajo podría salvar a la sociedad. Atenas, pues, lo estimuló y lo hizo honroso. Solón había prescrito que los hombres que careciesen de algún trabajo no disfrutasen de derechos políticos, ferió les dispuso que ningún esclavo pusiera mano en la construcción de los grandes monumentos que erigía, reservando todo el trabajo a los hombres libres. Además, la propiedad.

¿Qué sucedía entonces con la democracia? No fue ésta la responsable, precisamente, de esos excesos y crímenes, pero de ellos fue] a primera víctima. Carecía de reglas, y la democracia sólo puede vivir entre reglas muy estrictas y perfectamente observadas. Ya no se veían verdaderos gobiernos en el poder, sino facciones. El magistrado ya no ejercía la autoridad en provecho de la paz y de la ley, sino en provecho de los intereses

y de las codicias de un partido. El mando ya no estaba revestido de títulos legítimos ni de carácter sagrado; la obediencia nada tenía ya de voluntaria: siempre constreñida, prometíase siempre un resarcimiento. La ciudad sólo era, como dice Platón, un conjunto de hombres, de los cuales una parte era señora y la otra esclava. Decíase del gobierno que era aristocrático cuando los ricos estaban en el poder; democrático, cuando estaban los pobres. En realidad, la verdadera democracia ya no existía.

A contar del día en que las necesidades y los intereses materiales hicieron irrupción en ella, se alteró y corrompió. La democracia, con los ricos en el poder, se convirtió en una oligarquía violenta; la democracia de los pobres se convirtió en tiranía. Del quinto al segundo siglo antes de nuestra era, vemos en todas las ciudades de Grecia e Italia, todavía con excepción de Roma, que las formas republicanas corren peligro y se han hecho odiosas a un partido. Puede distinguirse claramente quiénes son los que quieren destruirlas y quiénes los que quieren conservarlas. Los ricos, más ilustrados y más altivos, siguen fieles al régimen republicano, mientras que los pobres, para quienes los derechos políticos tienen menos valor, se dan de buen grado a un tirano por jefe. Cuando esta clase pobre, tras múltiples guerras civiles, reconoció que sus victorias de nada servían, que el partido contrario volvía siempre al poder y que, tras largas alternativas de confiscaciones y restituciones, la lucha era interminable, pensó establecer un régimen monárquico que estuviese acorde con sus intereses y que, reprimiendo por siempre al partido contrario, le asegurase para el porvenir los beneficios de su victoria. Por eso creó a los tiranos. estaba de tal modo dividida que, al fin del quinto siglo, se contaban en el pequeño territorio del Ática más de diez mil ciudadanos que eran propietarios territoriales, contra cinco mil solamente que no lo eran Dionisio de Halicarnaso, de Lysia. Por eso Atenas, viviendo bajo un régimen económico algo mejor que el de las otras ciudades griegas, se vio menos turbada que el resto de Grecia. La guerra de los pobres contra los ricos existió allí como en otras partes; pero fue menos violenta y no engendró tan graves desórdenes; se circunscribía a un sistema de impuestos y liturgias que arruinó a la clase rica, a un sistema judicial que la hizo temblar y la aplastó, pero que, al menos, nunca llegó hasta la abolición de las deudas y el reparto de las tierras.

A partir de este momento, los partidos cambiaron de nombre. Ya no se fue aristócrata o demócrata: se combatió por la libertad o por la tiranía. Bajo estas dos palabras, aún era la riqueza y la pobreza las que peligraban. Libertad significaba el gobierno en que los ricos predominaban y defendían su fortuna; tiranía significaba exactamente lo contrario. Es un hecho general y casi sin excepción en la historia de Grecia y de Italia, que los tiranos saliesen del partido popular y tienen por enemigo al partido aristocrático. “El tirano — dice Aristóteles — sólo tiene la misión de proteger al pueblo contra los ricos; comienza siempre por ser un demagogo, y pertenece a la esencia de la tiranía el combatir a la aristocracia.” “El medio de llegar a la tiranía — añade — es conquistar la confianza de la muchedumbre; ahora bien: se gana su confianza declarándose enemigo de los ricos. Así hicieron Pisistrato en Atenas; Teageno en Megara; Dionisio en Siracusa.”

El tirano siempre hace guerra a los ricos. Teageno sorprende en los campos de Megara a los rebaños de los ricos y los degüella. En Cumas, Aristodemo abolió las deudas y despojó a los ricos de sus tierras para distribuirlas entre los pobres. Así hicieron Nicocles en Sicione y Aristómaco en Argos. Los escritores nos pintan a todos esos tiranos como muy crueles; no es verosímil que todos lo fuesen por naturaleza; pero lo eran por la necesidad apremiante en que se encontraban de conceder tierras o dinero a los pobres. Sólo podían mantenerse en el poder satisfaciendo la codicia de la muchedumbre y halagando sus pasiones.

El tirano de estas ciudades griegas es un personaje del que nada puede hoy darnos una idea. Es un hombre que vive entre sus súbditos, sin intermediarios ni ministros, y que los castiga directamente. No está en esa posición elevada e independiente que ocupa el soberano de un gran Estado. Tiene todas las pasioncillas del hombre privado; no es insensible a los beneficios de una confiscación; es accesible a la cólera y al deseo de la venganza personal; tiene miedo; sabe que tiene enemigos muy cerca, y que la opinión pública aprueba el asesinato cuando es un tirano el que cae. Adivínase lo que puede ser el gobierno de tal hombre. Excepto dos o tres honrosos casos, los tiranos que se levantaron en todas las ciudades griegas durante el cuarto y tercer siglo, sólo pudieron reinar halagando lo que hay de peor en la muchedumbre y abatiendo violentamente todo lo que era superior por el nacimiento, la riqueza o el mérito. Su poder era ilimitado; los griegos pudieron reconocer cuán fácilmente el gobierno republicano se transforma en despotismo cuando no profesa gran respeto por los derechos individuales.

Los antiguos concedieron tal poder al Estado, que el día que un tirano asumía esa omnipotencia, los hombres ya no tenían ninguna garantía contra él, pues era legalmente el señor de sus vidas y haciendas.”

Como hemos podido ver del texto de Fustel de Coulanges, la búsqueda de la libertad y de la igualdad política, jurídica y social, que alientan los movimientos reivindicatorios de los menos favorecidos en realidad son sumamente antiguos y nada novedosos. Las prácticas de oponer al pueblo en contra de los poderosos y los ricos, la búsqueda de las clases populares por alcanzar el statu quo de los ricos del momento histórico, son tan validas como en nuestros demagogos contemporáneos. Igualmente sucede con las consecuencias de estos modelos de líderes populares.

La historia nunca ha terminado bien para ninguna de las partes, como nos narra la historia antigua de Roma, o la contemporánea en el hemisferio americano. El ejemplo claro podemos encontrarlo en los últimos sucesos del presidente venezolano reconocido por la mayoría de países democráticos del orbe (Juan Guaidó), con el llamamiento que este realizara a las

fuerzas armadas de Venezuela para un golpe de estado en contra del dictador electo democráticamente. Y como muchas veces también ha sucedido, el dictador cada día más aislado, se apoya en el poder militar leal que conserva e inicia una autentica cacería de brujas en contra de los enemigos del Estado, pues de otra suerte no tiene manera de poder sostenerse por la vía del mandato popular que anteriormente le fue otorgado, capital político y humano que han dilapidado en su megalomanía y en su sentimiento de fuerza para mantener el poder, de origen cuasi eterno.

La historia de las organizaciones políticas y las maneras dentro de estas, es tan antigua como sus ideas, lo único que sucede es que muchos de aquellos que ejercen estos modelos de poder, ignoran profundamente que es el hombre el único capaz de no aprender de sus errores históricos y personales, para empeñarse en replicar hechos con consecuencias de dominio público.

El significado de populismo, hoy.

El termino de populista o de populismo, es algo un tanto dificultoso de definir con exactitud actualmente. Hasta hace no mucho tiempo se le identificaba con la imagen del demagogo político que hace suyas las causas del Estado, del pueblo y la justicia social. Ideas normalmente vinculadas al liberalismo y a los partidos de origen en la izquierda.

Sin embargo, el uso del sentido del término y su uso ha variado poco a poco para ser un híbrido. Ahora no necesariamente representa la idea socialista y libertaria, pues como señala Jan-Werner Müller, el uso del término se puede aplicar tanto para los personajes de la izquierda, como para los de derecha y cita en su libro⁴ sobre el populismo el ejemplo de la campaña política del actual presidente de los Estados Unidos de América, Donald Trump postulado por un partido tradicionalmente de derecha, como lo es el partido Republicano, compitiendo contra uno de los candidatos del otro espectro ideológico, el de la izquierda

⁴ MÜLLER, Jan-Werner. *¿Qué es el populismo?* Ed. Grano de Sal, S.A. de C.V. México. 2017. 162 p.

liberal, representada por Bernie Sanders, aunque a la larga perdió la nominación demócrata frente a la izquierda más moderada, representada por Hillary Clinton.

Sin embargo en ambos casos, la característica que unía a Trump y a Sanders, a pesar de sus posiciones encontradas y proyectos políticos diferentes, es su condición de populistas en el discurso. Ahora conocemos, que en el caso de Trump quien ganó la elección, no solo se queda en el discurso político esta aseveración, también lo podemos constatar en su actuar como presidente de esa nación.

En el caso de los Estados Unidos Mexicanos y el presidente Andrés Manuel López Obrador, su ejemplo es mucho más clásico en el sentido tradicional.

Él es un personaje que procede de una aparente lucha contra el sistema persecutor de su causa, que es también la de los más necesitados, contestatario, incendiario y con una trayectoria de lucha social reivindicatoria de más de 15 años. En su caso, el discurso político a diferencia del comparativo entre los norteamericanos no es su fuerte, pues mientras los contenidos de aquellos en el discurso es una escenificación de poder y de excitación, en el caso de este último la facilidad del lenguaje es uno de sus principales defectos en el escenario político.

Empero, y continuando con la línea que nos señala Müller, lo que en ambos casos sí se comparte es el contenido de su discurso de “*insurgentes antisistema*” de la encarnación personificada de la *furia*, la *frustración* y el *resentimiento* de la sociedad que ya no aguanta más y de cuya realidad de opresión, ellos prometen salvarlos debido a sus virtudes y sus antecedentes personales identificados con el éxito en esta encomienda por su convicción y su integridad personal.

Otro elemento que en ambos casos se comparte, es la verticalidad en la estructura de sus gobiernos y sus partidos de origen, especialmente en el caso de México, pues éste es fundado por el mismo presidente López, cuyo dominio a través de unos muy pocos discípulos suyos,

controla la estructura partidaria y por tanto de gobierno en aquellos lugares donde han ganado los procesos electorales.

En el caso de los Estados Unidos de América, si bien el presidente Trump tiene un gran ascendiente político sobre la base electoral republicana, sí existe al interior de ese partido una disidencia abierta con muchas de sus maneras políticas, pues el partido Republicano posee una larga tradición de quehacer político y de independencia en sus decisiones.

Algo que comparten también ambos presidentes, es claramente la verticalidad en el ejercicio del gobierno y en la toma de decisiones. A pesar de haber sido electos en procesos democráticos, han modificado a capricho el aparato del Estado, cosa por demás grave, pues responden entonces a visiones personalísimas en la forma de conducirlo, como ocurría en la época de los césares, y no como debiera corresponder a países modernos, que cuentan con contrapesos, que representan los candados de seguridad de toda democracia.

Tanto el presidente Trump como el presidente López, han hecho un uso poco correcto del marco legal de sus Estados, tomando decisiones nacidas más de los dictados de su poder, que del conceso político y del acuerdo con los opositores. Con ello han vulnerado reiteradamente el estado de derecho, dictando a los demás poderes los sentidos de sus resoluciones y sus procesos, con lo que de facto nos encontramos en el escenario del tirano que concentra en una sola figura todo el poder.

Otra de las características que comparten ambos gobernantes y sus titulares es el dictado de la agenda mediática. En el caso del presidente López, está enmarcada dentro de una auténtica liturgia de corte eclesiástico y de características religiosas, donde el presidente marca la agenda diaria a los medios de comunicación, pues él dice todo y responde todo, directamente y sin ningún tamiz de comunicación institucional del Estado.

Si analizamos la rueda de prensa matutina, encontramos que es una auténtica liturgia, donde los representantes de los medios de comunicación asisten a ser escuchar el sermón y a ser instruidos por el sacerdote desde el púlpito, que es el presidente, mediante una liturgia de

símbolos dentro del Palacio Nacional. Aquí sin duda encontramos una forma mucho más acabada y controladora de lo que se informa a la ciudadanía y de cómo se la informa, a través de los medios formales de comunicación y de las denominadas “*benditas redes sociales*” (López Obrador dixit).

En el modelo del presidente Trump esta liturgia no existe, porque su modelo político obedece a otros postulados históricos estrechamente vinculados a la fundación de la Unión Americana y los derechos de información contenidos en la constitución política de esa Nación; elementos inexistentes en el sistema nacional mexicano. No obstante, ambos comparten el control de la agenda, uno mediante la liturgia matutina y otro mediante la plataforma digital del Twitter, donde al igual que en el caso mexicano brinca la posibilidad de cualquier tamiz y coloca el mensaje en al destinatario de una forma “pura” que es precisamente el elemento de control que ellos buscan.

El manejo de este tipo de redes sociales de una forma personal por parte del presidente Trump, obedece también al poder político de su nación y el impacto de sus declaraciones en los rumbos de todas las naciones dentro de un mundo cada vez más bipolar nuevamente. Por ello el uso de esa herramienta, pues su foro de difusión de audiencia pública está muy por encima de la capacidad de influencia del presidente López, pues este último se encuentra exclusivamente circunscrito a su capacidad interna y esa es claramente su meta política. Tan es así que a ningún evento internacional se ha presentado. Él lo sabe perfectamente y su esfuerzo de vinculo popular está claramente dictado en otro sentido.

La justificación del manejo comunicativo obedece en el populista, a que de no hacerlo así, la disidencia del modelo socavaría sensiblemente la legitimación de la autoridad y del gobernante en turno, como lo hizo justamente la oposición lópezoobradora durante los gobiernos de Felipe de Jesús Calderón Hinojosa (emanado del Partido Acción Nacional) y Enrique Peña Nieto (emanado del Partido Revolucionario Institucional), al erigirse su líder en el auténtico representante y libertador moral de la nación, fuera de cuya figura espectral nada es legítimo. Por eso se empecinó López en denostar cuando fue opositor, y ahora en controlar cuando ya es gobernante. Pues la oposición auténtica para él, no existe: es una farsa

de los grupos de poder económicos, sociales y empresariales cuyo contenido carece de toda legitimación moral y apoyo popular pues él así lo ha determinado.

Un ejemplo extremo de esta posición se encuentra en la figura de Nicolás Maduro, en Venezuela. Sin embargo, aunque en los hechos afortunadamente todavía conservamos una distancia de aquél en México, no ocurre así en el discurso ni en los gestos diplomáticos, que muestran una cercanía e identificación que no hay que dejar de observar de cerca en ningún momento, pues de las ideas proceden posteriormente las acciones.

Como es natural, este camino a lo largo de la marcha termina anulando a la sociedad civil y su importancia en la construcción del tejido social de una nación, pues el único tejido que tiene fuerza es el del Estado, sobre el cual se soporta la figura del populista.

Pero irónicamente y en todos los casos, el gobernante acabará ocupando toda la estructura del aparato que buscó quitar en beneficio del pueblo, para aplicar las mismas políticas de control y de persecución que el modelo desplazado, pero ahora revestido de la limpieza y la falta de corrupción y de errores del nuevo gobierno. El ejemplo más claro que se ha dado de esta fusión del aparato nuevo con el viejo, es el caso del presidente López, dado que gran parte del mecanismo que lo llevó a ganar la presidencia de la República no era propio, sino del Partido Revolucionario Institucional, origen político del presidente y de muchos en su gobierno.

El presidente López no dejó de señalar errores y vicios en el gobierno anterior, y ahora los reproduce en su propio gobierno.

La debilidad institucional del Estado mexicano a diferencia del norteamericano, propicia una mucho mayor vulnerabilidad institucional, por ende, política y al final social. En el caso de los Estados Unidos de América, la forma de su aparato de Estado está construido sobre pilares de contrapesos muy sólidos, que de alguna forma han logrado resistir el embate político del Presidente Trump en contra de las instituciones. Aquí el baluarte más fuerte, diseñado así desde origen, es el del poder Judicial de los Estados Unidos. Ese poder es el mayor garante

de la aplicación de la Ley en aquel país y por ende, las resoluciones y las acciones de sus jueces y ministros en muchas ocasiones se han opuesto a las resoluciones y al dictado de deseo del presidente Trump.

El diseño del Estado está construido para poder soportar esa tensión de una forma mucho mejor y más eficiente que en el nuestro. Aun así, no obstante, la batalla ha mermado un tanto la capacidad de ese poder, aunque no lo suficiente como para poner en riesgo la viabilidad del estado democrático norteamericano.

En el caso mexicano, la realidad está lejos de esa posibilidad, pues el diseño del Estado aunque copiado en origen del modelo norteamericano, no está lo suficientemente maduro y consolidado institucionalmente para poder resistir el embate de un poder Ejecutivo todo poderoso. Esto, dado que el diseño del Estado post revolucionario, se generó en torno a la identificación del Estado y su poder con la figura del presidente de la Republica y cuya fortaleza mayor se vivió durante el periodo histórico del desarrollo estabilizador, que al agotarse permitió la alternancia democrática mexicana después de casi setenta años de un estado monolítico.

Sin embargo, este modelo donde se identificó al Estado con la figura del presidente de la República y cuyo catalizador social y justificación de *establishment* fue el Partido nacido de la revolución mexicana (el Partido Revolucionario Institucional ó PRI), buscó históricamente fortalecerse en detrimento de los otros poderes, el Legislativo y el Judicial.

Con esto se logró la meta estabilizadora con paz social, pero a costa de la libertad social del pueblo, es decir las causas populares originadas en la lucha revolucionaria, cuajaron en la imagen del líder nacional y la fuerza del modelo presidencialista y partidista identificada en él.

El presidente se erigió así en padre de la nación, un populista con características de dictador, dentro de un estado en apariencia democrático y legal, pero en la práctica persecutor de la

oposición y de sus críticos, que se cerró al exterior, para evitar la injerencia en la forma de gobierno interna y así no tener enemigo ni interno ni externo.

En la actualidad estamos pues, ante una figura de un dictador “democrático” de características plenamente populistas. Es en este escenario donde se gesta la carrera política del actual presidente López, y cuyo modelo desea restituir nuevamente en la nación, con el argumento, populista, de que al ser ahora el responsable o “timonel”, los vicios del pasado y sus estructuras e inercias, se eliminarán por medio de una “autoridad moral” a toda prueba.

Así se pretende desconocer el triunfo ciudadano en la construcción de la democracia nacional de manufactura reciente. Se rechaza la posibilidad del pueblo de madurar, pues se le impone la figura de un presidente paternalista sin el cual no es nada y desconoce la lucha histórica desde la oposición por la vía de la denostación, en la construcción democrática del país.

En pocas palabras, todos los elementos que configuran la figura del populista se cristalizan en la figura del actual presidente de la República, con el agravante de que el desarrollo y la construcción del Estado, en nuestro caso, busca fortalecerse en el modelo que se mantuvo vigente durante décadas: la figura súper poderosa del Ejecutivo Federal, donde los Poderes de la Unión una vez que han recibido el embate de este, son prácticamente incapaces de hacerle frente, tanto por el modelo institucional como por la idiosincrasia nacional generada durante años.

El resultado de esto es la imposición de personajes sin contrapesos en los organismos gubernamentales, como en el caso de los siete contralores aprobados en la Cámara de Diputados, donde todos fueron propuesta del partido del presidente de la República y en organismos tan sensibles como la Guardia Nacional, o el Instituto Nacional Electoral (INE), por citar dos ejemplos, uno encargado de la seguridad pública y la investigación de inteligencia y seguridad, y el segundo el garante de la legalidad y la imparcialidad en los procesos electorales de todos los mexicanos.

Lo anterior presupone el apoderamiento institucional que comentábamos, donde el populista se hace de las estructuras de quien fuera amargo crítico (el supuesto régimen anterior), pero no para su modificación, sino para su aprovechamiento en las mismas circunstancias que las anteriores, con el agravante de la imposibilidad de la crítica de los inconformes, como en su momento ellos sí ejercieron ese derecho.

El futuro.

Como hemos señalado, existen posiciones encontradas en cuanto a la definición más propia del populismo y por tanto lo que de ello se entiende y deriva.

En algunas corrientes se dice que el populismo es parte misma de la vida democrática y en otras, que es en las que se coincide, que es el principio de decadencia de un estado de derecho y autónomo. Sin embargo sus características en uno u otro modelo siempre serán similares, sea cual sea su origen, pues representan una forma de ejercicio de poder desmedido y bajo un velo democrático.

Sin embargo, también es cierto que mientras las realidades de falta de oportunidades, de educación y de progreso subsistan en la humanidad, aquellos más necesitados siempre serán presas de la trampa de los líderes populistas, por lo que esta forma de gobierno no desaparecerá.

Esto dice claramente al respecto, el Dr. Cesar Ulloa Tapia:

Sobre la relación populismo y democracia hay elementos que explican el surgimiento del primero, debido a crisis de las instituciones, crisis de la representación política y déficit de los derechos sociales, lo cual tiene que ver con la calidad de la democracia en materia de ciudadanía. No obstante, respecto del déficit de derechos sociales o lo que Laclau (2007) denomina cadena de equivalencias entre las demandas sociales insatisfechas, las que permiten la conformación de identidades por parte del pueblo que coadyuvan la entrada de un líder que capitaliza el descontento social, sin embargo habría que pensar si es generalizable o no este criterio y decir que estos elementos devienen en populismo y, peor aún, si esto democratiza más la sociedad. No obstante, cuando la arquitectura institucional de los Estados no da cuenta por su razón de ser,

sobre todo en materia de derechos civiles y políticos, la democracia cae en la trampa del populismo, puesto que permite que entren en escena líderes que catalizan las posibilidades que brinda la misma democracia para cuestionar las instituciones que permiten los procedimientos. En este sentido, y en gran medida, los cuestionamientos van por aspectos como la representación política, pese a que en los países de la región Andina los derechos de participación se han ampliado, sin embargo habría que explorar si esta representación es efectiva, en cuanto a la agencia que realizan los representantes, la posibilidad real de participar en vida política y no solo como electores/observadores, y también el involucramiento de la sociedad en procesos de cambio.⁵

Es claro de lo anterior, que las claves de fortaleza del Estado para enfrentar los embates de características populistas, estarán siempre sentadas, como en los Estados Unidos de Norteamérica, sobre la base de la fortaleza institucional, en la medida en que los poderes sirvan como auténticos contrapesos y barreras frente a personajes mesiánicos. Aunque estas llegaren a presentarse, las instituciones tendrán la posibilidad de poder resistir los deseos de dictaduras democráticas.

La otra válvula de seguridad, es la capacidad del ejercicio auténtico de los derechos políticos y sociales de los ciudadanos, en la medida que estos se superen el infantilismo político, rechazarán con mayor vigor estas trampas que al final, tienen un costo mayor.

Y el tercer pilar de soporte, es el apego irrestricto al estado de derecho de las naciones. En el momento en que este se vulnera y comienzan los fantasmas de las reformas legales de gran calado, las democracias están muy cercanas a perder su autonomía y sus libertades, mediante las cuales llevaron a los populistas a las más altas esferas del gobierno y poder dentro de los Estados soberanos.

El futuro de la evolución o involución del Estado Mexicano, aún está por definirse. Todavía dependerá de la implementación de las políticas públicas anunciadas en el Plan Nacional de

⁵ ULLOA, Tapia Cesar. “*El populismo en la democracia*”. Artículo basado en la ponencia del 6to. Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, que se llevó a cabo en Quito Ecuador el 13 de junio de 2012. p. 90. Consultable en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6119913.pdf>

Desarrollo 2019-2024, que a pesar de sus enormes deficiencias, no deja de ser legalmente, un documento rector.

El cariz que aparentemente ha tomado el gobierno del presidente López está más cargado hacia las características de los principios asistencialistas que tienen al Estado como autor y resolutor de toda problemática y cuyas características son bien conocidas en Mexico y en América Latina por sus terribles consecuencias económica. El modelo de concepción en la base del populismo tiene implicaciones directas sobre el futuro de los pueblos, como se ha demostrado en los casos de Asia y de América Latina.

En el caso asiático, su concepción es más económica y de mercado, y en América Latina, tendiente al asistencialismo social a costa del Estado. Esta comparación ideológica y las consecuencias futuras de las mismas las desarrolla de forma muy completa Hugo Antonio Garciamarín en su artículo: *“Populismo en el siglo XXI: un análisis comparado entre Asia y América Latina”* donde él dice durante el análisis de las diferentes dimensiones en el populismo, en la parte tocante al modelo ideológico, lo siguiente:

Dimensión ideológica.

El gobierno de Chávez se caracterizó por una alta intervención del Estado en la economía. Ejemplos de ello son las diferentes nacionalizaciones que se realizaron durante su mandato, como las compañías de Petróleos de Venezuela, Electricidad de Caracas, la empresa de telecomunicaciones cantv, la compañía de aceros Ternium Sidor, Café Madrid y muchas otras; así como su política financiera, basada en el control de precios, con la que, en 2005, el gobierno mantendría controlado el precio de 400 productos básicos (García, 2016; Mazzuca, 2013).

A su vez, el chavismo subió los impuestos a las compañías petroleras que no fueron nacionalizadas, con un aumento de 16.7% a 30% en 2001, por poner un ejemplo. De igual forma, en ese mismo año, el gasto público creció de manera importante, lo que derivó en un déficit fiscal de -4% respecto del producto interno bruto (García, 2016). En este sentido, el populismo de Chávez está claramente situado en la izquierda y su política económica se basó en una fuerte intervención estatal, nacionalizaciones, control de precios e incremento en el gasto público y social. Algo similar sucede con el populismo de Evo Morales, el cual ha derivado en un Estado altamente interventor. Durante su gobierno se nacionalizaron diversas compañías, como British Petroleum, Chaco Energy Company, Transredes y Compañía Logística de Hidrocarburos Bolivianos, Air bp,

Empresa de Luz, Fuerza Cochabamba y otras; y se han implementado controles de precios en diferentes sectores, sobre todo en torno al agua, los hidrocarburos, la energía y los servicios públicos (García, 2016).

Por otra parte, al igual que el chavismo, se han incrementado los impuestos para las compañías energéticas que no fueron privatizadas. Además, se han realizado diferentes programas para erradicar la pobreza, a los que se han destinado alrededor de 54 millones de dólares por año (García, 2016; Flores-Macías, 2012). Como se puede ver, el populismo de Morales también es claramente de izquierda, pues su política económica consiste en mayor gasto social, intervención del Estado en la economía y control de precios. Ahora bien, la economía durante el gobierno de Thaksin Shinawatra –mejor conocida como Thaksinomía– en primera instancia no parece situarse de manera tan clara en alguno de los dos bandos, convirtiéndose en un verdadero reto para los economistas (Intarakumnerd, 2011). Incluso, algunos autores lo clasifican como un populismo que se decanta por el Estado benefactor, gracias a que generó políticas que buscaban incentivar el desarrollo en el campo, creó bancos estatales para ayudar a la población rural y se alejó de muchas de las políticas del Fondo Monetario Internacional (Phongpaichit y Baker, 2009b; Toledo, 2014).

No obstante, aquí se entiende que el gobierno de Shinawatra está lejos de ser de izquierda y se le define como un gobierno de centro derecha, con políticas neoliberales. Lo anterior se considera así por varias razones. Una de ellas es que el proyecto de nación de Shinawatra se basaba en privatizar empresas estatales para generar ingresos que se pudieran invertir en el campo y desarrollar el sector financiero (Looney, 2004), tal como puede verse en la agenda nacional del trt:

- Desarrollar tanto el mercado de capitales como el sector financiero.
- Reestructurar la economía y las deudas nacionales.
- Generar ingresos y resolver el problema del desempleo, particularmente en el ámbito urbano.
- Reactivar la agricultura tailandesa.
- Educar y formar a la gente para construir una nación fuerte y solidaria.
- Erradicar el consumo de drogas de la sociedad tailandesa.
- Declarar la guerra a la corrupción.
- Transformar la salud pública para asegurar la atención popular.
- Formar familias fuertes y aumentar el papel político de la mujer.
- Privatizar las empresas estatales.
- Persistir en la construcción de una nueva política y un nuevo papel regional para Tailandia (Toledo, 2014: 54).

Por otra parte, su gobierno generó empleo en las zonas rurales y en la ciudad a partir de fomentar el emprendimiento y la creación de microempresas. Un ejemplo de ello es el crédito común llamado “El fondo del pueblo”, al que se criticaba por considerarlo un proyecto asistencialista y “clientelar”, pero que en realidad consistía en préstamos rotativos otorgados a las comunidades que presentaban algún proyecto, que debían pagar

en cierto plazo y, una vez liquidados, seguían disponibles con el mismo tipo de interés (Looney, 2004).

De igual forma, es importante señalar que Shinawatra entendía que el Estado “era una empresa que se debía administrar” y que sólo tenía que incentivar la economía en zonas de alta pobreza porque “el capitalismo necesita capital, sin capital no hay capitalismo, así que hay que inyectarle capital al campo” (Phongpaichit y Baker, 2009: 100). En nuestra opinión, lo que planteaba Shinawatra era que sí debían implementarse políticas que liberalizaran la economía, pero que éstas debían ajustarse a la realidad tailandesa. En palabras del magnate, la economía es como un juego de golf: “si quiero jugar con Tiger Woods, Tiger debe darme suficiente ventaja” (Phongpaichit y Baker, 2009: 100; Toledo, 2014: 56).

Por último, se considera que la economía durante el gobierno de Roh Moo-Hyun es claramente neoliberal, aunque muchos de sus adversarios políticos lo acusaron de ser de izquierda y “anti-mercado” por su posición antiestadounidense y su acercamiento a Corea del Norte (Jang-Jip, 2016). Es entendible que Moo-Hyun siguiera con las políticas neoliberales de sus antecesores, pues el proceso de democratización en Corea del Sur fue de la mano con el de liberalización económica.

Además, durante las dictaduras crecieron las empresas chaebol y consolidaron sus monopolios al amparo de la corrupción estatal. Por ello, el Estado “gordo” aparecía en el discurso populista como parte de un pasado “antipopular” al cual no se debía regresar. Así, Moo-Hyun continuó con la política económica de su antecesor, Kim Dae-Jung, quien había iniciado las reformas estructurales dictadas por el Fondo Monetario Internacional a cambio del rescate financiero tras la crisis de 1997, y en su gobierno se realizaron diversas medidas que se basaron en una política macroeconómica flexible, con la que se buscaba crecimiento estable, aliento de inversiones a nivel global, soporte a nuevas investigaciones, mejoramiento de la infraestructura logística para maximizar el crecimiento económico y reformas estructurales que se tradujeran en transparencia de la economía (Shin, 2012; Gavilán y Manríquez, 2011). En comparación, resalta el hecho de que los populismos asiáticos y latinoamericanos son opuestos entre sí, pero comparten una ideología similar dentro de su región. Los populismos de América Latina, tras sus respectivas crisis económicas, optaron por la intervención del Estado en la economía y constituyeron lo que se denominó el “giro a la izquierda”, mientras que en Asia el populismo terminó por manifestarse como un fenómeno de derecha neoliberal, como respuesta a la crisis económica de 1997.

Es necesario ampliar la investigación, pero da la impresión de que los populismos asiáticos constituyeron un “giro a la derecha”. Por lo anterior, llama la atención que se haya clasificado a estos gobiernos asiáticos como de izquierda. Nosotros consideramos que se les clasificó así sólo por ser populistas y esta confusión se debe, posiblemente, a que los que han tratado el tema se adscriben a la perspectiva tradicionalista sin muchos matices y no conciben la posibilidad de que pueda haber populismo neoliberal. Más que analizar las diferencias de estos populismos con el populismo clásico, consideraron que su discurso popular era “similar” y, por ende, derivaba de gasto y asistencia social;

incluso, omitiendo que en la bibliografía y en el discurso político se ha comparado a Shinawatra con Fujimori de manera recurrente (Mizuno y Phongpaichit, 2009). Así pues, aun tomando en cuenta que es necesario ampliar la investigación para poder afirmarlo de manera categórica, se considera que los populismos latinoamericanos del siglo xx son de izquierda, mientras que los populismos asiáticos son de derecha. Los primeros se caracterizan por la intervención estatal en la economía y el antineoliberalismo y, los segundos, por la liberalización de la economía y el neoliberalismo.⁶

El futuro del país en buena medida dependerá del modelo económico que el gobierno disponga, aún está en una ambigüedad entre un estado plenamente asistencialista, u otro con trazas de conservar una buena relación con los mercados, por lo que es incierto el rumbo a escasos cinco meses de gobierno.

Lo que queda claro es la posibilidad de los escenarios económicos desde el punto de vista de Asia y de América Latina.

Ojalá por el bien de todos, que las banderas de reivindicación social esgrimidas por el presidente López se concreten en la posibilidad de la igualdad y la vida digna para todos, de lo contrario el futuro, como en otros casos de países Latinoamericanos hermanos, es poco alentador.

⁶ GARCAMARÍN, Hernández. Hugo Antonio. “Populismo en el siglo xxi: un análisis comparado entre Asia y América Latina (Tailandia, Corea del Sur, Venezuela y Bolivia).” *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, Año: XIII, núm. 233. Mayo-Agosto de 2018. pp. 255-284.

Consultable en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/rmcps/v63n233/0185-1918-rmcps-63-233-255.pdf>

VIII. Conclusiones y nueva agenda de investigación

La historia nos ha demostrado que los modelos de populismo siempre terminan en fracasos políticos, sociales y económicos.

Algunos de ellos, como los previos a la segunda guerra mundial en Alemania, Italia y España, llegaron por vías legales a esos gobiernos, con consecuencias de devastación humana aun incuantificables. Los personajes que encarnaron estos estallidos siempre usaron la demagogia como medio para convencer que con ellos los problemas se resolverían de un solo golpe. Nada más alejado de la verdad.

Mexico decidió dar un golpe de timón en la última elección federal, no tanto por el cambio de un modelo democrático, sino por el hartazgo sostenido, sin un sentir de fortaleza social e institucional; y eso ha hecho que hoy nos debatamos en el modelo de país que seremos durante los próximos 25 años.

En un escenario positivo, las realidades que originaron el cambio de modelo gubernamental, se logra y la nación tendrá un mejor futuro, pero en el caso de lo contrario, nos aproximaremos a los modelos de latinoamericanos que han resultado ser un fracaso estrepitoso al intentar implantar sistemas derivados algunos de ellos del comunismo soviético, que son absolutamente inviables. La sociedad civil deberá tener un papel fundamental en esta construcción social y política como en el pasado, de otra forma las consecuencias no serán de lejos, las más deseables.

La historia es un proceso de espiral y debemos de aprender a vernos reflejados en el mismo, ella nos habla de los orígenes de la demagogia y del populismo, y las consecuencias que en esos procesos históricos causaron y que están plenamente comprobados.

Debemos de preocuparnos per vernos reflejados en esos escenarios, algunos lejanos, y otros mucho más próximos. Y a partir de ahí ejercer una reflexión seria y constructiva, sobre cuál es el futuro que nos deseamos otorgar. Para ello debemos alejarnos de una buena vez, de los

discursos de los buenos y los malos, de las anclas de la historia. Y debemos también de proveer de una verdadera posición de dignidad a todos los habitantes de la nación. Relacionándonos en igualdad de circunstancias, con los demás países del orbe.

Los gobiernos populistas como algunos autores han señalado, posiblemente sean parte del proceso democrático y su evolución histórica. Este no es el verdadero problema.

El problema está en las consecuencias que estos gobiernos generan, siempre e invariablemente en contra de las sociedades: el desastre económico, que los pueblos terminan cubriendo; y la pérdida de las libertades políticas, al ser rehenes de una pequeña camarilla dictatorial, desconectada de su realidad social, nacional e internacional. Este tiempo de gobiernos siempre terminan generando la pérdida de la democracia participativa, libre y directa. El futuro no es una moneda que los pueblos estén en posibilidad de apostar. Es la responsabilidad, humana, ética, política, social y económica del bienestar de millones de personas que confían en sus gobiernos y que desean una vida mejor y más digna para todos.

Debemos apostar por el fortalecimiento institucional desde la trinchera en que nos toque actuar, solo desde esa fortaleza las naciones en este predicamento podrán transitar con pérdidas de menor dimensión.

Las instituciones públicas son un bien común que todos debemos de procurar, independientemente de los modelos económicos o políticos aplicados en las naciones, porque significan el piso parejo del cual todos partimos en igualdad de circunstancias.

El otro pilar irrenunciable es la aplicación irrestricta del estado de derecho. Solo mediante éste, Estado y sociedad pueden encontrar el verdadero equilibrio y la justicia social, y el ejercicio de la participación política, y el resguardo de las garantías individuales y de los derechos humanos. En el momento en que se afecta este pilar, todas las demás piezas del ajedrez se pierden, pues comienzan los fantasmas de las reformas constitucionales y los cambios de modelos estructurales de fondo. En una palabra, el inicio de la tiranía.

IX. Bibliografía

DE COULANGES, Fustel. “*La Ciudad Antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*”. Ed. Porrúa. Colección: “Sepan Cuantos...” No. 181. Trad. por: Daniel Moreno, México, 1971. D.F., México. 18ª edición. 1ª reimpresión. 2017. 382 p.

MÜLLER, Jan-Werner. “*¿Qué es el populismo?*”. Ed. Grano de Sal, S.A. de C.V. México. 2017. 162 p.

LEVITSKY, Steven y ZIBLATT, Daniel. “*Cómo mueren las democracias*”. Ed. Ariel. Mexico, 2018. 335 p.

SERRA, Rojas Andrés. “*Teoría del Estado*”. Ed. Porrúa. Mexico. 2015. 849 p.

VON Mises, Ludwig. “*El Socialismo*”. Ed. Hermes, S.A. México. 1961. 621 p.

FANTINI, Claudio. “*Abadón. La desglobalización y los monstruos que se incuban en las grietas*”. Ed. Hojas de Sur. Argentina. 2017. 536 p.

KRAUZE, Enrique. “*El pueblo soy yo*”. Ed. Debate. México. 2018. 290 p.

AGUILAR, Camín Héctor. “*Nocturno de la democracia mexicana*”. Ed. Debate. México. 2018. 270 p.

Sitios web

ULLOA, Tapia Cesar. “*El populismo en la democracia*”. Artículo basado en la ponencia del 6to. Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, que se llevó a cabo en Quito Ecuador el 13 de junio de 2012. p. 90. Consultable en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6119913.pdf>

GARCIAMARÍN, Hernández. Hugo Antonio. “*Populismo en el siglo xxi: un análisis comparado entre Asia y América Latina (Tailandia, Corea del Sur, Venezuela y Bolivia).*” *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, Año: XIII, núm. 233. Mayo-Agosto de 2018. pp. 255-284. Consultable en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/rmcps/v63n233/0185-1918-rmcps-63-233-255.pdf>

Documentos de Trabajo es una investigación de análisis de la Fundación Rafael Preciado Hernández, A. C.

Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C.

Ángel Urraza No. 812, Col. Del Valle, C.P. 03100, Ciudad de México

Documento registrado ante el Instituto Nacional del Derecho de Autor

D.R. © 2019, Partido Acción Nacional